OBLIGACIONES POLITICAS
DE
TODO BUEN ESPAÑOL,
Ó
PRECEPTOS POLITICOS
QUE ESTE DEBE OBSERVAR,

EXPLICADOS CLARA Y SENCILLAMRNTE

POR

U. A. D. L. P.

✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦

P. ¿Quántos son los preceptos políticos que debe observar todo buen Español?

R. Diez.

P. ¿Quáles son?

R. El primero amar la patria y la independencia: el segundo no abusar de estos sagrados nombres: el tercero santificar las leyes: el quarto honrar las cenizas de sus antepasados: el quinto destruir á todos los enemigos de su nacion: el sexto no violar el derecho de gentes: el séptimo no hurtar el cuerpo á los peligros, quando se trata de salvar á la patria: el octavo no abandonar sus costumbres, ni desmentir su carácter: el noveno no desear Reyes extrangeros: el décimo no codiciar los Reynos agenos.

P. ¿Quién ama la patria y la independencia?

R. Quien las prefiere á todas las rique-

zas y á todos los honores, queriendo mas bien morir con las armas en la mano, que dexarse poner los grillos de la tiranía.

P. ¿Qué se entiende por independencia?

R. El estado en que los hombres pueden disponer libremente de sí, con tal de que no contravengan á lo establecido por las leyes de su pais.

P. ¿Y qué ès tiranía?

R. Un poder desmedido puesto en manos de uno ó muchos hombres, que privan á los otros de los derechos que les conceden la naturaleza y las leyes, arrogándose las facultades de que solo pueden usar valiéndose de la fuerza.

P. Proponedme un exemplo para que pueda entenderlo mejor.

R. Muchos pudiera proponeros, pues la historia presenta en cada página muchos exemplares de semejante poder tiránico, y refiere las vidas de los que le han exercido; pero me contentaré con poneros á la vista un exemplo tan moderno como nosotros mismos.

P. ¡Tan moderno como nosotros mismos!

R. Sí: no hay que dudarlo. Este exemplo se halla en la dominacion del Emperador de los Franceses: me parece que no es muy antiguo. Todos sabemos que exîste *un Napoleon Bonaparte*, natural de la isla de Córcega, que de oficial de Artillería pasó á General, que ha corrido por esos mundos de Dios, como otro Don Quixote, empeñado en desfacer entuertos, y en hacer feliz á todo el universo, valiéndose para conseguirlo de los sencillísimos medios que proporcionan los cañones y las bayonetas; que debió su Consulado, en gran parte, á su nunca bien alabado tino en escoger una compañera que nada tiene de boba; que logró deslumbrar al pueblo frances con media docena de purichineladas; que trastornó todos los proyectos que este habia formado; que ha tenido la maña de hacer que le aclamáran los Franceses por su Emperador, persuadiéndolos de que no por eso dexarian de ser republicanos, y que ha devastado la

Francia, despoblando sus Ciudades, privándola de todos los recursos para subsistir, haciéndola tomar parte en lo que no debia; finalmente, tratando á sus habitantes como si fuesen muñecos de pasta ó de yeso, á los quales pudiera arrojar al suelo, pisarlos, escupirlos, y romperlos despues en mil pedazos, sin que ni ellos tuvieran poder para impedírselo, ni él encontrára jamás un placer mayor. Pues este hombre que ha hecho tantas habilidades, es el tirano mas cruel que han engendrado los siglos.

P. Decis que es un tirano, mas todavía no he entendido bien la demostracion de su tiranía. Explicadme en pocas palabras en lo que consiste.

R. En haber engañado á los Franceses, para formar de ellos una manada de esclavos, conducida por un resorte, que él menea á su antojo: en haber hecho perecer á todos los Franceses que podian tomar armas, solo por satisfacer sus caprichos, sin haber causus justas para ello; en tenerlos, como

los tiene oprimidos, y en obligarlos á que se postren ante el ídolo de la ambicion, cuyo altar ha levantado, colocándose en él para representar la reunion de la soberbia infernal, del orgullo insufrible, y del deseo de dominar á todas las gentes. Finalmente, si se exâminan una por una sus acciones, hallaremos que no solo abusa del poder desmedido, que ha logrado, con sus vasallos, sino que ademas pretende neciamente ser Monarca de la Europa entera, para ir conquistando despues por su turno las otras tres partes del mundo conocido, y avasallar quanto respira, á fin de poder atropellar todos los derechos mas sagrados de la naturaleza, y tenerla á esta debaxo del pie, de modo que ni aun pueda quejarse. Claro es que este hombre debe ser el modelo de la tiranía, si ya no es ella misma disfrazada de hombre.

P. Ahora quedo convencido: pasemos adelante, y decidme quien abusa de los sagrados nombres de patria

y de independencia, quebrantando el segundo mandamiento.

R. De muchas maneras, y por muchas personas se peca contra este precepto político. Abusa del sagrado nombre de la patria, el que se escuda con él para fomentar sus miras ambiciosas, y engrandecerse oprimiéndola, como han hecho muchísimos en la revolucion de Francia; y ultimamente, de modo peor que todos el susodicho Napoleon, *Emperador de los Franceses y Rey de Italia*: abusa tambien el que le trae siempre en la boca sin tenerle grabado en el corazon; y ultimamente, le profanan todos los egoistas que prefieren sus comodidades individuales al bien estar de toda una nacion. Hacen mal uso del sagrado nombre de independencia todos los que buscan con él un desenfrenado libertinage, una licencia absoluta, y una formal desunion entre las partes, y el todo de un estado, causando por este medio su deteriora-

cion, ó por mejor decir su ruina. Tales fueron los revolucionarios transpirenaycos, que abusando del nombre *independencia*, forjaron por sus mismas manos las pesadas cadenas que hoy arrastran ellos, y todos sus compatriotas. Tambien deben entrar en el número de estos impíos profanadores, los que gritan por todas partes independencia, sin señalar exâctamente la extension de esta voz, y hacen que los pueblos corran tras una luz prestigiosa que los burla, apagándose de repente, y dexándolos entre las sombras de la incertidumbre. Peca sobre todo contra este precepto el que predica independencia á las personas que son legitimamente dependientes de otras, para conseguir que dependan de su voluntad, del mismo modo que hace Napoleon, el qual juzga que nadie conoce lo que vale la palabra independencia, hasta tanto que no es su esclavo. Por esta razon ha formado un trono en la Holanda para un hermano suyo; por

esta razon se ha declarado Protector de la confederacion del Rin; por esta razon, usurpando la Corona de España á su legítimo poseedor, queria darnos una *constitucion libre*, con tal de que reconocieramos por Señor natural (á pesar de ser bien artificialisimo) al *Señor Don Josef Napoleon*; y siguiendo estos principios, tiene ya trazados los planes, para que la Inglaterra conozca al fin su *independencia*.

P. ¿Qué se entiende por santificar las leyes?

R. El tratarlas con toda la veneracion que las es debida, quando están fundadas en la naturaleza, en la razon, y en el bien estar del género humano.

P. ¿Y deben santificarlas todos los hombres de todas las clases?

R. Sin duda: y aun los que están constituidos en grandes dignidades no pueden exîmirse de esta obligacion.

P. Me parece que los hombres á quienes se llama Legisladores nada tendrán que ver con este precepto;

pues, segun entiendo, Legislador es lo mismo que hacedor de leyes, y mal podrá estar obligado á guardar una ley el que puede mudarla quando se le antoje.

R. Ciertamente que Legislador es lo mismo que habeis dicho, y es cierto tambien que puede mudar las leyes que promulgó; pero es preciso advertir, que, como ya queda expuesto, se trata de santificar las leyes, que tienen su base en la naturaleza, y en el bien estar de los pueblos: consiguientemente ningun Legislador debe establecer una ley que perjudique á los hombres para quienes la promulga, ni puede tampoco mudarla á su antojo, si el bien público no lo exîge. De lo contrario, las que él llame leyes no serán otra cosa que decretos firmados por el despotismo, y sellados con las lágrimas, y aun con la sangre de los infelices, á quienes su brazo de hierro ponga en la precision de obedecerlas.

P. ¿Luego será cosa muy natural oponerse á su cumplimiento quando son de esta clase?

R. Efectivamente.

P. Me parece, pues, segun lo que anteriormente me habeis dicho, que los Franceses de ningun modo deben tolerar por mas tiempo á ese hombre, llamado *Emperador*, que los tiene tan oprimidos con su legislacion tiránica.

R. Ni deben tolerarle, ni le tolerarán. Lo que ha intentado hacer en nuestro pais, y el modo con que los ha engañado tantas veces, trayendo á perecer por último entre nuestras bayonetas tantos millares de hombres, bastaria para abrirlos los ojos, y hacerlos conocer la obcecacion en que hasta aquí han vivido. Los hijos de estos mismos soldados que tantas crueldades han cometido con los Españoles, y que han recibido el digno pago de su inhumanidad de mano de los mismos, á quienes poco ha insultaban orgullosos, los hijos de estos,

vuelvo á decir, se reunirán tal vez con nuestros hijos para llorar sobre los sepulcros de sus padres, y celebrarán despues con regocijo la caida de ese coloso, que yacerá hecho pedazos entre las ruinas de su fasto y poderío. *Los Franceses*, dirán entonces, *deben su libertad al valor Español, á la sangre Española, derramada por ellos, que llegó hasta el infame trono donde la tiranía levantaba su cabeza, y que pudo ahogar al monstruo horrible que se escudaba con ella.*

P. Pasemos adelante: ¿qué hará el buen Español para honrar las cenizas de sus antepasados?

R. Tener presentes los exemplos nobilísimos que le dieron sus mayores, oponiéndose con el esfuerzo mas heroyco á quantos intentaron subyugarlos, y proponérselos como dignos modelos, siempre que se halláre en semejantes circunstancias.

P. De ese modo ahora, si no me engaño, tenemos la mejor de todas las ocasiones para cumplir religiosa-

mente con este precepto.

R. Verdad es. Proscripto debe ser para siempre todo Español, indigno de serlo, que no ayude en quanto estuviere de su parte, para destruir enteramente el yugo que ya han roto los hijos de los Cides, de los Gonzalos de Córdoba, de los Guzmanes, de los Laras, y de todos aquellos respetables Héroes de los tiempos pasados, que desde su tumba nos excitan á no sobrevivir á la afrentosa esclavitud, y á perecer con las armas en la mano defendiendo la patria. Estas ilustres sombras no podrán menos de regocijarse al ver los prodigiosos hechos de sus nietos, que han sabido deshacer con la espada del patriotismo á esas huestes sangrientas, que por obedecer las órdenes del hombre mas ambicioso, han hallado muerte vergonzosa donde pensaron vivir como señores absolutos.

P. El quinto precepto manda destruir á todos los enemigos de la nacion: ¿cómo debe entenderse este mandamien-

to, y quáles son los enemigos de la nacion?

R. Los enemigos de la nacion, ó estan dentro de ella misma, ó estan fuera. Los que se abrigan en su seno, semejantes á los hijos de las víboras, desgarran el vientre de su madre para salir á luz; esto es, dan la muerte á su patria, á cambio de engordar con su sangre. Estos enemigos son acaso los mas temibles, porque, como asesinos domésticos, saben las entradas y las salidas, y se aprovechan callando de las ocasiones para embestir, quando esté descuidado á su legítimo dueño. A los tales debe perseguirlos la Justicia pública; pero todos deben aborrecerlos, considerándolos como miembros podridos de la sociedad. Los enemigos que están fuera son los que de mano armada y abiertamente nos atacan, y á estos se les debe exterminar, haciéndoles la guerra con energía hasta vencerlos.

P. ¿Y á quál de estas dos clases de enemigos pertenecen los Franceses? por-

que yo creo que son enemigos, á pesar de que se venden por nuestros *caros aliados*, ó aliados caros.

R. Decis bien que son enemigos, y sabed que participan de asesinos domésticos, y de enemigos descubiertos. Ellos entraron en España rebozados con la máscara de la amistad, y luego que dexaron detras los Pirineos, y que se vieron señores de los puntos mas importantes de la península, empezaron á ser en cierto modo asesinos domésticos, hasta que se han visto en la precision de quitarse el rebozo, forzándolos á ello la energía de nuestro carácter. Maldad que no tiene exemplo en la historia, y que debe ser castigada con el exterminio total de estos foragidos, que embriagados ó no por su *grande* y nunca bien aborrecido *Emperador*, han devastado nuestro territorio, han incendiado nuestras poblaciones, han saqueado nuestras haciendas, y en medio de estos horrores nos han insultado, queriendo colocar en el só-

lío que solo pertenece á FERNANDO VII, un Rey intruso, un Rey propiamente hablando de comedia. Aun humean la sangre que esos infames asesinos vertieron en Madrid el dia 2 de Mayo; aun se escuchan las exêcraciones de tantos inocentes, que arcabucearon con la mayor inhumanidad, y faltando á todas las leyes civiles y militares; aun vemos arrastrar los lutos que se pusieron aquel dia: en una palabra, aun no hemos acabado de exterminarlos. ¡Odio sin fin al Francés! Cayga sobre él la destruccion, si mas cuerdo y menos sangriento no abomina de lo pasado y devolviéndonos las prendas que nos arrebató con los medios mas viles, no trata de respetar á la nacion mas fuerte del mundo cansada ya de sufrir tantos ultrajes.

P. ¿Qué quiere decir no violar el derecho de gentes?

R. Observar las leyes que forman este derecho, quales son las de hospitalidad y humanidad, las establecidas para que todas las sociedades esten mu-

tuamente seguras unas de otras, y para que las propiedades y personas no padezcan ningun detrimento, perjudicando al bien general de todos los hombres. Faltan gravisimamente contra este mandamiento todos los que invaden las posesiones agenas, los que son inhumanos, los que no respetando los tratados que su nacion firmó con la vecina, atropellan á los individuos de esta por mas que reclamen la inmunidad que les da el derecho de gentes, burlándose de esta sagrada prerogativa que todos gozamos.

P. ¿Han quebrantado los Franceses este precepto con su entrada en España?

R. Tanto han faltado ellos á él, quanta ha sido nuestra escrupulosidad en cumplirle. Estos hombres, enemigos declarados de la naturaleza, prescindiendo del modo con que han violado este derecho, entrándose hasta nuestra capital con la astucia de la raposa, recibieron del pueblo español franco y virtuoso todas las demostraciones de aprecio y amistad, que debian recibir

los que pregonaban ser amigos suyos, y hallarse con los mas vivos deseos de contribuir á su felicidad. Fueron vestidos, alimentados y regalados pública y particularmente, ni se empezó á cometer hostilidades contra ellos, hasta que ya nos vimos con el dogal á la garganta nadando en la sangre de nuestros hermanos. ¿Quién no alzará el grito contra ellos y contra su gobierno, eterno violador de los derechos del hombre, sabiendo el modo con que arrancaron á nuestro amado Rey del seno de sus vasallos, y las abdicaciones que de la corona de España han hecho firmar al hijo y al padre para que recayendo esta en Bonaparte, pudiera ponerla sobre las sienes de quien mejor le pareciese? ¿Quáles son los derechos de Bonaparte á esta corona? ¿Los de la renuncia que de ella hizo en su persona Cárlos IV? ¿Y podia, por ventura, este Soberano renunciar lo que ya no era suyo? Si lo era, dirán tal vez algunos, despues que su hijo abdicó en el todo su derecho: pero es-

ta abdicacion ¿pudo ser valida? La fuerza solo pudo corroborarla, ó por mejor decir, no ha habido tal abdicacion, pues para haberla debió ser libre y espontanea. Mas dexemos esto, pues son cosas que nadie ignora, y cosas que no obstante pudieran dar ocasion para escribir una resma de papel. Finalmente quien desee aprender á violar el derecho de gentes, estudie la historia de la Francia en estos ultimos años, pregunte á la Italia, á la Dinamarca, á la España, y sabrá las violaciones que de este derecho sufrieron por parte de esos hombres, que solo se parecen á los demás en el nombre y en la figura.

P. ¿Quién cumple con el septimo precepto?

R. El que no se niega jamas á defender la patria, quando se halla en riesgo inminente.

P. ¿Y qué debemos hacer para defenderla?

R. Ya queda dicho arriba que perder la vida, primero que verla tiranizada. Este mandamiento, á pesar de que se

halla incluso tacitamente en el primero, no dexa de añadirle algo: aquel nos manda amar á la patria, este nos ordena ademas que no hurtemos el cuerpo á los peligros, quando se trata de salvarla. De suerte que todo el que peca contra el primer mandamiento, peca tambien contra este, aunque no al contrario; pues hay muchos que aman á su patria, lloran al verla oprimida y no obstante carecen de la energía suficiente, para arriesgarse á librarla. Por esta razon el octavo pres cepto manda expresamente á todo buen c'udadano, que, si ha de probar que tiene amor á la patria, es preciso que se sacrifique por ella en caso necesario.

P. Creo que los Franceses pueden servirnos de modelo, pues han venido á perder su vida á nuestros manos, des. pues de caminar muchos centenares de leguas en defensa de su patria.

R. Ese es un error manifiesto. Los Franceses no han venido á España para defender su patria, sino para invadir la nuestra: los Franceses no tienen pa-

tria en el dia: tuviéronla en algun tiempo, pero ya no conocen mas que el nombre desde que se hicieron esclavos del tirano mas detestable. Nosotros sí que la tenemos, y bien lo han acreditado nuestros bravos guerreros, quando estaba la capital llena de tropas enemigas, arrollando á quantos los disputaban el paso para venir á salvarla y erigir en ella el templo del patriotismo. Estos heroes, cuyos hechos gloriosos serán admiracion de los siglos futuros, han expuesto sus haciendas y sus vidas, sin volver la espalda á quantos riesgos los rodeaban, y han dado al mundo un exemplo que jamas será olvidado. ¡Feliz mil veces el que se halló con las armas en la mano, defendiendo sus derechos contra la tirania y oponiendo heroycamente su pecho á las bayonetas del enemigo! ¡Felices los que exhalaron su postrer aliento afirmando con la muerte su independencia! La posteridad los verá colocados en un lugar mucho mas distinguido que el que

ocupan en la historia los ambiciosos conquistadores, azote del genero humano, y no podrá menos de exclamar: *de todas las naciones la Española fué la que mas trabajó siempre para ser libre, y la que finalmente lo consiguió despues de haber vencido á los Romanos, á los Sarracenos y á los Franceses. ¡Gloria inmortal á la nacion mas virtuosa y mas energica!*

P. Explicadme el octavo mandamiento, no abandonar sus costumbres ni desmentir su carácter.

R. Entiendese por no abandonar sus costumbres el conservar aquellas costumbres puras de nuestros primeros tiempos, no adoptando por imitacion las de nuestros vecinos. No hay cosa mas perjudicial á un estado que el abrazar indiscretamente todas las modas y usos de sus limítrofes; porque haciéndolo así se exponen á ser tarde ó temprano subyugados por ellos. Mas daño han causado en España las modas francesas que las bayonetas, y si nosotros no hubieramos hecho tanto aprecio

de ellas, nuestros enemigos quizas no se hubieran atrevido á entrarse en España, sabiendo que sus habitantes austeros por naturaleza, y no corrompidos con su luxo, debian tener suficientes fuerzas para repelerlos. Con sus modas introduxeron en nuestro pais el amor á la novedad y aquella veleydad insubstancial, que es su divisa, logrando tener por este medio un gran número de partidarios, que en las actuales circunstancias han retardado no poco los esfuerzos de los generosos patricios, y que, si no hubieramos sido Españoles, sin duda ninguna hubieran puesto entre las garras del Aguila Francesa nuestros Leones y Castillos. Pero á Dios gracias, ha sucedido todo al contrario: y nuestras costumbres se regenerarán para en adelante. Desmentir su carácter es no pensar del modo que debe pensar todo Español, con gravedad y con generosidad, mostrándose en todas ocasiones valiente, y como suele decirse á *prueba de bomba*. Tal es nuestro carâcter, pues si

bien estamos tildados, y acaso no sin justicia, de algo indolentes, es de creer y debe esperarse que este golpe electrico reanimará en nosotros para siempre la actividad de nuestros padres, acostumbrados en todos tiempos al duro exercicio de la guerra, y nada descuidados en la agricultura y el comercio. Quiero advertiros de paso en este mandamiento, que de todos los hombres que pueblan la superficie de la tierra los que menos desmienten su carácter particular, porque es preciso dar á cada uno lo que fuere suyo, son nuestros huespedes los Franceses.

P. ¿Pues cómo?

R. Como que son inconstantes en todo y como que han tenido en veinte años veinte gobiernos diferentes, sin haberse acomodado nunca sino con el de Napoleon, que por ventura es el peor de todos. No es esto decir que no se hallan entre los Franceses personas que piensen de otro modo; pero estas yacen sumergidas entre el polvo del olvido y de la miseria, sin tener fuer-

zas bastantes para deshacer el yugo que los oprime y á estas debemos compadecerlas, porque el hombre virtuoso y benéfico es ciudadano de todas partes y morador de todo el mundo.

P. Decidme ¿cómo debe entenderse el no desear Reyes extrangeros?

R. Haciendo lo contrario de lo que hemos visto hacer á muchos en las actuales circunstancias, pues sin atender á los perjuicios que necesariamente debian resultar á la nacion, trataban de ceñir con la corona de España las sienes de un hombre, que nada tenia que ver con los Españoles, y que era para ellos el hombre mas extraño del universo. Los Reyes que no nacieron entre sus vasallos con dificultad los aman como debieran, y de consiguiente se hallan siempre muy cerca de ser unos tiranos. Por el contrario, aquel Monarca que tuvo su cuna entre las de aquellos mismos á quienes ha de mandar un dia, regularmente los mira con cierta predileccion, y es preciso que sea muy malvado, para

que destruya la patria que le dió el ser. Esto no es decir que dexe de haber exemplos en contrario, pero son los menos; y si por desgracia llegára á conocer alguno el buen Español, no deberia echar en olvido, que, como arriba se probó en el segundo mandamiento, las leyes dictadas por la tirania no tienen mas derecho para verse cumplidas, que el derecho de la fuerza, y que ésta debe ser rechazada al punto que sea posible, aboliendo los preceptos inhumanos que protege.

P. ¿Luego jamas deberemos prestar obediencia ni á ese Emperador de los Franceses ni á otro qualquiera que pretenda imponernos el yugo de su dominacion?

R. Sin duda. El cielo nos ha dado un Rey compatriota nuestro, un Rey que siempre ha manifestado excelentes disposiciones, un Rey que debe sentarse en el trono que nosotros le conservamos á costa de nuestras vidas, un Rey que no puede menos de ser justo, por haber experimentado

en sí propio el azote de la desgracia, un Rey que ama á sus vasallos y un Rey finalmente para quien se ha abierto el libro de la experiencia, presentandole unas lecciones que jamas olvidará. ¿Cómo pues, necesitaremos doblar nunca la rodilla ante ningun Rey advenedizo? Y empezando en este joven Monarca una descendencia de Reyes, nacidos en España, y criados en España, ¿quándo ni los Franceses, ni toda la Europa entera, tendrá fuerzas poderosas para dominarnos, si nosotros protegidos por un Gobierno sabio y unas sabias leyes, mostramos, segun costumbre, al enemigo nuestros pechos de acero? Necesitaba España de una cierta revolucion, que colocase en su debido lugar las cosas que insensiblemente se habian desarreglado, necesitaba de un Rey nacional, necesitaba de un Rey popular y experimentado: la Providencia ha dispuesto que logre de estos tres beneficios; luego España debe ser feliz en adelante y debe tambien no de-

sear Reyes extrangeros.

P. ¿ En la voz Reyes supongo que serán tambien comprendidas las Reynas?

R. Ciertamente : pues aunque la Reyna no sea la parte principal, con todo influye muchisimo en los negocios del Estado. Mas de quatro veces vemos en la historia algunas Reynas que, por ser extrangeras, fueron madrastras de sus vasallos, y los entregaron inhumanamente á la mas odiosa esclavitud. El Español debe tener Reyes Españoles, y mas que el Frances los tenga Japoneses.

P. ¿Qué se entiende por no codiciar los Reynos agenos ?

R. El no dexarse arrebatar del necio espíritu de conquistarlo todo exponiendose á perderlo todo, como en el dia sucede á los Franceses. Si despues de su revolucion se hubieran contentado con estar siempre en defensiva, sin meterse en donde no debieran, no se hallarian ahora abatidos por el hombre que los tiraniza, ni serian el oprobio de las gentes, ni se verian expuestos

á sufrir tal vez su total exterminio. Escarmentemos nosotros, y escarmentemos con tanto mas motivo, quanto que nuestro suelo fertilísimo por su naturaleza, y envidiable por su posicion, nos suministra medios sobrados para vivir pacificamente haciendonos respetar de todas las Potencias. Si alguna nos atacáre, entonces sí, despleguemos toda la fuerza de nuestro caracter, y nunca permitamos que nuestros hijos se miren sujetos con los grillos que nosotros rompemos, pero guardemonos de imitar á nuestros vecinos en su quijotismo de gloria, y mucho menos en sufrir á ningun ambicioso, que semejante á Napoleon, y codiciandolo todo como él, pretenda encadenar á todo el universo, destruyendonos á nosotros, y quiera hacer felices á los demas dexandonos inhábiles para serlo nunca. Estos diez mandamientos pueden reducirse á dos: á amar la Patria y la independencia, y á no hacer cosa en contrario á la felicidad pública, mirando por el bien

del Estado, de donde nace el bien personal. Quien guardáre escrupulosamente estos preceptos cumplirá con los deberes de buen Español, y ahora mas que nunca debemos todos tenerlos presentes, por exîgirlo así las circunstancias, y porque estamos en la obligacion de manifestar que somos Españoles, no en el nombre solamente, sino en los hechos, para regenerar la Nacion de que somos individuos; para poner en el solio al inocente Fernando VII.; para establecer solidamente las bases de nuestra felicidad, y para dar un exemplo á toda la Europa, que á imitacion nuestra sacudirá el yugo que la prepara ese tirano Napoleon, y se reunirá para destruirle enteramente, naciendo de esta reunion la paz tan deseada, que nos colme de bienes en el seno de la tranquilidad.